



Manifestantes buscan amnistía y otros derechos para inmigrantes el 1º de mayo de 2006 en el centro de Los Ángeles, California. Se celebra el día de los obreros en Asia, la mayoría de Europa y México, pero no oficialmente reconocido en Estados Unidos debido a su relación con el comunismo. La manifestación coincidió con el Gran Boicot Estadounidense, un boicot de un día de escuelas y empresas de EUA llevado a cabo por inmigrantes, principalmente de origen latinoamericano. (Foto cortesía de Jonathan McIntosh)

La crisis de identidad nacional

Samuel P. Huntington

Nota de la redacción: El siguiente artículo ha sido extraído de un capítulo del libro *Who Are We? The Challenges to America's National Identity* [¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense] (2005) por Samuel P. Huntington. Derechos de autor de Samuel P. Huntington. Se usa con el permiso de la casa editorial, Simon & Schuster.

Prominencia: ¿Las banderas aún están allí?

La calle Charles, la vía principal en el vecindario de Beacon Hill en Boston, es una calle relajada lindada por edificios de ladrillo de cuatro pisos con apartamentos arriba de tiendas de antigüedades y otros comercios a nivel de la calle. De una sola vez en una cuadra, por lo



regular, banderas de EUA colgaban sobre las entradas de la oficina de correo de EUA y la licorería. Luego, la oficina de correo dejó de ondear la bandera y, el 11 de septiembre de 2001, la bandera solo colgaba en la licorería. Dos semanas después, 17 banderas ondeaban en este vecindario, además de una gran bandera de EUA que estaba suspendida sobre la calle a una corta distancia.

Con su país atacado, los habitantes de la calle Charles redescubrieron su nación y se identificaron con ella.

En esta oleada de patriotismo, los habitantes de la calle Charles coincidían con el sentimiento de todo el pueblo estadounidense. Desde la Guerra Civil, los estadounidenses han sido un pueblo centrado en la bandera. Las barras y las estrellas tienen el estatus de un icono



religioso y es un símbolo más central de la identidad nacional para los estadounidenses que las banderas de otras naciones son para sus ciudadanos. Sin embargo, probablemente nunca en el pasado la bandera estuvo tan omnipresente como después del 11 de septiembre. Se encontraba en todo lugar: hogares, empresas, automóviles, ropa, muebles, ventanas, tiendas, farolas

La cabo Balreet Kaur y la especialista Jasleen Kaur, hermanas nacidas en India, comparan cortesías comunes de Estados Unidos e India con un soldado hindú antes de la ceremonia de apertura del ejercicio de adiestramiento conjunto Yudh Abyhas 2010 en la Base Conjunta Elmendorf-Richardson, estado de Alaska, 31 de octubre de 2010. Las hermanas son integrantes de la Guardia Nacional del estado de California en el 79º Equipo de combate de brigada de infantería. Las dos son enfermeras y fueron enlaces culturales durante el ejercicio de dos semanas. (Foto: Ejército de EUA, Especialista Ashley M. Armstrong)

y postes de teléfonos. A principios de octubre, 80 por ciento de los estadounidenses dijeron que mostraban la bandera, 63 por ciento en casa, 29 por ciento en ropa y 28 por ciento en coches¹. Wal-Mart, según se dice, vendió 116.000 banderas el 11 de septiembre y 250.000 más el siguiente día, «en comparación con 6.400 y 10.000 en los mismos días un año antes». La demanda por banderas fue diez veces más de lo que había sido durante la Guerra del Golfo; los fabricantes de banderas trabajaban horas extras y duplicaron, triplicaron o quintuplicaron la producción².

Las banderas son pruebas físicas del aumento repentino y considerable de la prominencia de identidad nacional para los estadounidenses, comparado con sus otras identidades, una transformación demostrada el 1 de octubre por los comentarios de una mujer joven:

Cuando tenía 19 años de edad, me mudé a la ciudad de Nueva York. . . Si me hubiera preguntado describirme, yo le hubiera dicho que era una música, una poeta, una artista y, en un nivel bastante político, una mujer, una lesbiana y una judía. Ser una estadounidense no hubiera estado en mi lista.

[En la clase universitaria sobre Género y Economía] mi novia y yo estábamos tan frustradas por la desigualdad en Estados Unidos que discutimos irnos a otro país. El 11 de septiembre, eso cambió completamente. Me di cuenta de que daba por hecho las libertades que tengo aquí. Ahora, tengo una bandera estadounidense en mi mochila, aplaudo el sobrevuelo de los aviones de caza y me considero una patriota³.

Las palabras de Rachel Newman expresan la baja prominencia de identidad nacional de algunos estadounidenses antes del 11 de septiembre. Entre algunos estadounidenses educados y de la élite, la identidad nacional, a veces, parece esfumarse. La globalización, el

multiculturalismo, el cosmopolitismo, la inmigración, el subnacionalismo y el antinacionalismo han azotado la conciencia estadounidense. Comenzaron a destacarse las identidades étnicas, raciales y sexuales. A diferencia de sus predecesores, muchos inmigrantes eran como &, o sea, mantenían doble lealtad y doble ciudadanía. Una afluencia masiva de hispanos planteó preguntas referentes a la unidad lingüística y cultural de Estados Unidos. Los ejecutivos, profesionales y tecnócratas de la Era de la Información adoptaron identidades cosmopolitas sobre las nacionales. La enseñanza de la historia cedió el paso a la enseñanza de historias étnicas y raciales. La celebración de la diversidad reemplazó el énfasis sobre los que los estadounidenses tenían en común. Parece que se deterioraban la unidad nacional y el sentido de identidad creados por la labor y las guerras de los siglos XVIII y XIX y consolidados en las guerras mundiales del siglo XX. Para 2000, Estados Unidos, en muchos aspectos, era menos como nación que un siglo atrás. Las barras y las estrellas estaban a media asta y otras banderas ondeaban más arriba en el mástil de identidades estadounidenses.

Los desafíos a la prominencia de la identidad nacional estadounidense de otras identidades nacionales, subnacionales y transnacionales fueron ejemplificados en varios acontecimientos de los años 90.

Otras identidades nacionales. En un juego de fútbol de la Copa Oro entre México y Estados Unidos en febrero de 1998, los 91.255 hinchas estaban inmersos en un «mar de banderas de rojo, blanco y verde»; abuchearon cuando se tocó el himno nacional de Estados Unidos; «acosaron» a los jugadores de EUA «con basura y vasos que podían tener agua, cerveza o peor» y atacaron con «frutas y vasos de cerveza» a algunos hinchas que intentaron alzar una bandera estadounidense. Este juego tuvo lugar no en la Ciudad de México sino en Los Ángeles [California]. «Hay un problema si no puedo alzar la bandera estadounidense en mi propio país», dijo un hincha de EUA, mientras esquivaba un limón que pasaba por su cabeza. Un corresponsal del periódico *Los Angeles Times* estaba de acuerdo: «Jugar en Los Ángeles no es jugar como local para Estados Unidos»⁴.

Los inmigrantes del pasado lloraron de alegría cuando, después de haber superado dificultades y riesgos, vieron la Estatua de la Libertad; se identificaron entusiasmadamente con su nuevo país que les

ofrecía libertad, trabajo y esperanza; y frecuentemente se convirtieron en los ciudadanos más intensamente patrióticos. En 2000, la proporción de personas nacidas en el extranjero fue un poco menos de lo que había sido en 1910, pero la proporción de las personas en Estados Unidos que también eran leales a otros países e identificados con los mismos era más alta que en cualquier otro momento desde la Revolución estadounidense.

Identidades subnacionales. En su libro *Race Pride and the American Identity*, Joseph Rhea cita la poesía recitada en dos inauguraciones presidenciales. En la inauguración del presidente John F. Kennedy en 1961, el poeta Robert Frost elogió los «hechos heroicos» de la fundación de Estados Unidos que con la «aprobación» de Dios había introducido «un nuevo orden de la historia»:

Our venture in revolution and outlawry
(Nuestra aventura en la revolución y el bandidaje)

Has justified itself in freedom's story (Se ha justificado en la historia de la libertad)

Right down to now in glory upon glory.
(Directamente al presente en gloria tras gloria.)

Frost dijo que Estados Unidos entraba a una «época dorada de poesía y poder».

Treinta y dos años después, la poeta Maya Angelou recitó un poema en la inauguración del presidente Bill Clinton que expresó una imagen distinta de Estados Unidos. Sin mencionar las palabras «Estados Unidos de América» o «estadounidense», ella identificó a 27 grupos raciales, religiosos, tribales y étnicos —asiático, judío, musulmán, pawnee, hispano, esquimal, árabe, ashanti, entre otros— y denunció la represión inhumana que estos grupos sufrieron, como resultado de las «luchas armadas comerciales» de Estados Unidos y la «herida sangrienta» del «cinismo». Estados Unidos, ella dijo, puede estar «siempre casado con el miedo, acoyuntado eternamente a la brutalidad»⁵. Frost vio la historia e identidad de Estados Unidos como glorias que deben ser celebradas y perpetuadas. Angelou vio las expresiones de la identidad estadounidense como amenazas malévolas al bienestar e identidades reales de las personas con sus grupos subnacionales.

Un contraste similar en actitudes ocurrió en una entrevista telefónica llevada a cabo por un reportero del periódico *New York Times* a Ward Connerly, en

ese entonces el defensor principal de una iniciativa en California para prohibir la acción afirmativa [N. del T.: iniciativas dirigidas a reducir las prácticas discriminatorias] por el gobierno estatal. Ocurrió el siguiente intercambio:

REPORTERO: «¿Qué eres?»

CONNERLY: «Soy estadounidense.»

REPORTERO: «¡No, no, no! ¿Qué eres?»

CONNERLY: «¡Sí, sí, sí. Soy estadounidense!»

REPORTERO: «Esto no es lo que quiero decir. Me dijeron que eres afroamericano. ¿Estás avergonzado de ser afroamericano?»

CONNERLY: «No, simplemente estoy orgulloso de ser un estadounidense.»

Luego, Connerly explicó que su ascendencia incluyó africanos, franceses, irlandeses e indios americanos, y concluyó el diálogo:

REPORTERO: «¿Qué te hace eso?»

CONNERLY: «¡Eso me hace todo un americano!»⁶

Sin embargo, en los años 1990, estadounidenses tal como Rachel Newman no respondieron a la pregunta «¿Qué eres?» con la afirmación apasionada de su identidad nacional como hizo Ward Connerly. En cambio, ellos expresaron identidades raciales, étnicas o sexuales subnacionales, como claramente anticipó el reportero del *New York Times*.

Identidades transnacionales. En 1996, Ralph Nader les escribió a los directores ejecutivos de cien de las corporaciones estadounidenses más grandes para destacar los beneficios fiscales considerables y otras subvenciones (estimados en US\$ 65 mil millones por año por el Instituto Cato) que recibieron del gobierno federal e les instaba a demostrar apoyo al «país que las cultivó, fortaleció, subvencionó y defendió», pidiéndoles a sus directores que comenzaran su reunión anual de accionistas con la recitación del juramento de lealtad a la bandera y a la república que representa. Una corporación (Federated Department Stores) respondió favorablemente; la mitad de las corporaciones nunca respondió y otras lo rechazaron bruscamente. El portavoz de Ford explícitamente afirmó su identidad transnacional: «Como una [corporación] multinacional... Ford, en su sentido más grande es una compañía australiana en Australia, una compañía británica en el Reino Unido y una compañía alemana en Alemania». El jefe ejecutivo de Aetna dijo que la idea de Nader era

«contraria a los principios por los cuales nuestra democracia fue fundada». El portavoz de Motorola condenó los «tonos nacionalistas y políticos» de la propuesta. El director ejecutivo de Price Costco preguntó «¿Qué propondrá luego—juramentos de lealtad personal?» Y el jefe ejecutivo de Kimberly-Clark declaró que fue «un recordatorio sombrío de los juramentos de lealtad de los años 1950»⁷.

Sin lugar a dudas, la reacción enérgica de los líderes corporativos estadounidenses resultó, en parte, debido al acoso de Nader por años y no podían resistir la oportunidad de castigarlo como un Joe McCarthy moderno. Sin embargo, no fueron los únicos entre las élites estadounidenses que degradaron o condenaron la identificación con su país. Los intelectuales y eruditos prominentes atacaron el nacionalismo, advirtieron de los peligros de inculcar el orgullo y compromiso nacional a Estados Unidos en los estudiantes y sostuvieron que una identidad nacional era indeseable. Declaraciones de este tipo indicaron el grado al cual algunas personas de los grupos élites, empresariales, financieras, intelectuales, profesionales y aun gubernamentales, llegaban a desnacionalizarse y desarrollaban identidades transnacionales y cosmopolitas que reemplazaban sus identidades nacionales. Esto no fue el caso con el público estadounidense y, consecuentemente, abrió una brecha entre la primacía de identidad nacional para la mayoría de los estadounidenses y el crecimiento de las identidades transnacionales entre los que controlan el poder, la riqueza y los conocimientos en la sociedad estadounidense.

El 11 de septiembre radicalmente redujo la prominencia de estas otras identidades y lanzó a la bandera de EUA, de nuevo, a la cima del mástil nacional. ¿Se quedará allí? Las 17 banderas en la calle Charles disminuyeron a 12 en noviembre, nueve en diciembre, siete en enero y cinco en marzo y solo había cuatro en el primer aniversario de los ataques, cuatro veces más que en el período antes del 11 de septiembre pero también un cuarto de las banderas presentadas inmediatamente después. Como un indicador de la prominencia de la identidad nacional, ¿Representó esto una normalidad modificada post 11 de septiembre, una normalidad ligeramente revisada del período antes del 11 de septiembre o una nueva normalidad después del 11 de septiembre? ¿Es necesario un Osama bin Laden, como fue el caso con Rachel Newman, para forzarnos

a reconocer que somos estadounidenses? ¿Si no vivimos ataques destructivos recurrentes, regresamos a la fragmentación y el americanismo erosionado que existieron antes del 11 de septiembre? ¿O encontraremos una identidad nacional revitalizada que no depende de amenazas desastrosas del exterior y que proporciona la unidad carente de las últimas décadas del siglo XX?

Esencia: ¿Quiénes somos?

Después del 11 de septiembre, las banderas se convirtieron en símbolos de Estados Unidos, pero no expresaron significado alguno del país. Algunas banderas nacionales, tales como las tricolores, la del Reino Unido o la bandera verde de Pakistán, con su estrella y medialuna, expresan algo significativo de la identidad del país que representan. El mensaje visual explícito de la bandera de EUA simplemente es que Estados Unidos es un país que originalmente tuvo 13 estados y actualmente tiene 50. Más allá de eso, los estadounidenses y otros, pueden interpretar el significado de la bandera de la manera que quieran. La proliferación de las banderas después del 11 de septiembre puede demostrar no solo la prominencia intensificada de identidad nacional para los estadounidenses sino también su incertidumbre en lo que se refiere a la esencia de esta identidad. Si bien puede variar marcadamente la prominencia de identidad nacional con la intensidad de amenazas externas, la esencia de la identidad nacional se forma lentamente y más fundamentalmente a través de una gran variedad de tendencias sociales, económicas y políticas, a veces contradictorias, a largo plazo. Los asuntos cruciales relativos a la esencia de la identidad estadounidense el 10 de septiembre no desaparecieron el siguiente día.

«Nosotros, los estadounidenses» enfrentamos un problema considerable de identidad nacional tipificado por el tema de esta oración. ¿Somos un «nosotros», un pueblo o varios? ¿Si somos un «nosotros», qué es lo que nos distingue de «ellos» que no son nosotros? ¿La raza, la religión, el origen étnico, los valores, la cultura, la riqueza, la política o qué? Como algunas personas han sostenido, ¿es Estados Unidos una «nación universal», basada en valores comunes de toda la humanidad y que, en principio, acepta a todos los pueblos? ¿O somos una nación occidental con nuestra identidad definida por nuestra herencia cultural e instituciones europeas? ¿O somos únicos con una civilización distinta, como han alegado los defensores de la «singularidad

estadounidense» en toda nuestra historia? ¿Somos básicamente una comunidad política cuya identidad existe solo en un contrato social manifestado en la Declaración de Independencia y otros documentos fundadores? ¿Somos multiculturales, biculturales o una sola cultura, un mosaico o un crisol? ¿Tenemos alguna identidad significativa como nación que trasciende nuestras identidades étnicas, religiosas o raciales? Estas preguntas quedan por contestar para los estadounidenses en su época post 11 de septiembre. En parte, son preguntas retóricas, pero también son preguntas que tienen repercusiones profundas para la sociedad y la política estadounidenses, en el ámbito nacional y extranjero. En los años 90, los estadounidenses tomaron parte en debates intensos sobre la inmigración y la asimilación, el multiculturalismo y la diversidad, la relación entre las razas y la acción afirmativa, la religión en el dominio público, la educación bilingüe, los planes de estudios en las escuelas y las universidades, los rezos en las escuelas y el aborto, el significado de ciudadanía y nacionalidad, intervención extranjera en las elecciones estadounidenses, la aplicación extraterritorial del derecho estadounidense y el rol político creciente de las diásporas aquí y en el extranjero. Lo que subyace todos estos asuntos es la pregunta de la identidad nacional. Casi toda posición sobre todos estos asuntos implica ciertas presunciones sobre la identidad.

Los intereses nacionales se derivan de la identidad nacional. Tenemos que saber quiénes somos antes de que determinemos cuáles son nuestros intereses.

Así es con la política exterior. En los años 90, se presenciaron debates ampliamente extensos, y bastante confusos, sobre los intereses nacionales estadounidenses después de la Guerra Fría. Gran parte de esta confusión surgió de la complejidad y la novedad de ese mundo. Sin embargo, esa no fue la única fuente de

incertidumbre acerca del rol de Estados Unidos. Los intereses nacionales se derivan de la identidad nacional. Tenemos que saber quiénes somos antes de que podamos determinar cuáles son nuestros intereses.

Si la identidad estadounidense se define de acuerdo con un conjunto de principios universales de libertad y democracia, entonces se presume que el fomento de estos principios en otros países debe ser la meta principal de la política exterior estadounidense. Sin embargo, si Estados Unidos es «excepcional», desaparece la base para fomentar los derechos humanos y la democracia en otros lugares. Si Estados Unidos es principalmente una colección de entidades culturales y étnicas, su interés nacional es el fomento de las metas de esas entidades y debemos tener una «política exterior multicultural». Si Estados Unidos se define principalmente por su herencia cultural como país occidental, por lo tanto, debe dirigir su atención a fortalecer sus nexos con Europa occidental. Si la inmigración hace de Estados Unidos una nación más hispana, debemos orientarnos principalmente hacia América Latina. Si ni la cultura europea ni la hispana son un elemento central de la identidad estadounidense, por lo tanto, se presume que Estados Unidos debería seguir una política exterior divorciada de los nexos culturales a otros países. Otras definiciones de la identidad nacional generan distintas prioridades de política e intereses nacionales. Los conflictos sobre lo que debemos hacer en el extranjero tienen sus raíces en quiénes somos en Estados Unidos.

El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte fue creado en 1707, Estados Unidos de América en 1776 y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1918. Como sus nombres indican, todas eran uniones «de» entidades unidas a través de procesos de federación y conquista. A principios de los años 80, las tres parecían ser sociedades razonablemente cohesivas y exitosas, cuyos gobiernos eran relativamente eficaces y, en distintos grados, aceptadas como legítimas y cuyos pueblos tenían fuertes sentidos de sus identidades británicas, estadounidenses y soviéticas. Para los comienzos de la década de 1990, la Unión Soviética dejó de existir. A fines de los años 90, el Reino Unido se estaba tornando menos unido; un nuevo régimen intentaba establecerse en Irlanda del Norte, la transferencia de competencias en Escocia y Gales estaba en marcha, muchos escoceses anticipaban la independencia final y los ingleses se definían cada vez más como ingleses en

lugar de británicos. Se desarmaba la bandera de Gran Bretaña en sus cruces separadas y parecía posible que en algún momento de la primera parte del siglo XXI, el Reino Unido seguiría los pasos de la Unión Soviética y acabaría en la historia.

Pocas personas anticiparon la disolución de la Unión Soviética y el movimiento hacia la posible descomposición del Reino Unido una década antes de que comenzaran. Hoy en día, pocos estadounidenses anticipan la disolución de Estados Unidos, o aún cambios fundamentales en el país. Sin embargo, el fin de la Guerra Fría, la caída de la Unión Soviética, la crisis económica en Asia oriental en los años 90 y el 11 de septiembre nos recuerda que la historia está llena de sorpresas. La sorpresa más grande sería si Estados Unidos en 2025 fuera casi el mismo país que fue en 2000 en lugar de un país (o países) muy distinto con concepciones muy diferentes de sí mismo y su identidad que tuvo hace 25 años.

El pueblo estadounidense que logró la independencia a fines del siglo XVIII era pequeño y homogéneo: contundentemente blanco (gracias a la exclusión de negros e indios de la ciudadanía), británico y protestante, compartía ampliamente una cultura común y, sobre todo, estaba comprometido a los principios políticos reflejados en la Declaración de Independencia, la Constitución y otros documentos fundadores. A finales del siglo XX, el número de estadounidenses se había multiplicado casi cien veces. Estados Unidos se había convertido en una sociedad multirracial (aproximadamente 69 por ciento blancos, 12 por ciento hispanos, 12 por ciento negros, 4 por ciento asiáticos y de las islas del Pacífico, y 3 por ciento de otras razas), multiétnica (sin un grupo étnico mayoritario) y 63 por ciento protestante, 23 católico, 8 por ciento de otras religiones y 6 por ciento de ninguna religión. La cultura y los principios comunes de Estados Unidos, de igualdad e individualismo, centrales en el Credo estadounidense, eran objetos de ataques por muchas personas y grupos en la sociedad estadounidense. El fin de la Guerra Fría privó a Estados Unidos del imperio del mal contra el cual podía definirse a sí mismo. Nosotros, el pueblo de Estados Unidos, no éramos lo que fuimos y no estábamos seguros de en quién nos estábamos convirtiendo.

Ninguna sociedad es inmortal. Como dijo Rousseau, «Si Esparta y Roma perecieron, ¿qué Estado puede aspirar a durar para siempre?». Aún las sociedades

más exitosas son, en algún momento, amenazadas por la desintegración y la decadencia interna y por las fuerzas «bárbaras» externas más vigorosas y crueles. Al final, Estados Unidos de América sufrirá el destino de Esparta, Roma y otras comunidades humanas. Históricamente, la esencia de la identidad estadounidense ha incluido cuatro elementos clave: la raza, el origen étnico, la cultura (más notablemente el idioma y la religión) y la ideología. El Estados Unidos racial y étnico ya no existe. El Estados Unidos cultural está en estado de sitio. Y como demuestra la experiencia soviética, la ideología es un pegamento débil para mantener unido a un pueblo que carece de lazos comunitarios raciales, étnicos y culturales. Podrían existir motivos, como observó Robert Kaplan, por los cuales «Estados Unidos, más que cualquier otra nación, pudiera haber nacido para morir»⁸. Sin embargo, algunas sociedades, cuando enfrentan desafíos graves a su existencia, también son capaces de postergar su extinción y parar su desintegración a través de la restauración de su sentido de identidad nacional, su propósito nacional y los valores culturales que tienen en común. Los estadounidenses lo hicieron después del 11 de septiembre. El desafío que ellos enfrentan en los primeros años del tercer milenio es si pueden continuar haciendo esto cuando no están siendo atacados.

La crisis de identidad global

El problema de identidad estadounidense es único, pero Estados Unidos no está solo en relación a los problemas de identidad. Los debates sobre la identidad nacional son una característica dominante de nuestra época. Las personas en casi todas partes han cuestionado, reconsiderado y redefinido lo que tienen en común y lo que las distingue de otras personas: ¿Quiénes somos? ¿En dónde pertenecemos? Los japoneses agonizan sobre si su ubicación, historia y cultura los hacen asiáticos o si su riqueza, democracia y modernidad los hacen occidentales. Irán ha sido descrita como una «nación en busca de una identidad», Sudáfrica como estando en medio de una «búsqueda de identidad» y China en una «búsqueda de identidad nacional», mientras Taiwán se encontraba en medio de una «disolución y reconstrucción de su identidad nacional». Se dice que Siria y Brasil enfrentan una «crisis de identidad», Canadá «una constante crisis de identidad», Dinamarca una «crisis de identidad aguda», Argelia una «crisis de identidad

destruktiva», Turquía una «crisis de identidad sin par» que llevó a un acalorado «debate sobre la identidad nacional» y Rusia «una profunda crisis de identidad», que reabrió el debate clásico del siglo XIX entre los eslavófilos y los que quieren occidentalizarse de que si Rusia es un país europeo «normal» o un país eurasiático distinto. En México, resaltan preguntas «sobre la identidad de México». Las personas que se habían identificado con las distintas Alemanias, la democrática y de Europa occidental o la comunista y de Europa oriental, tienen dificultades para recrear una identidad alemana común. Los habitantes de las Islas Británicas ahora están menos seguros de su identidad británica y si eran un pueblo principalmente europeo o del Atlántico Norte⁹. Las crisis de identidad nacional se han convertido en un fenómeno mundial.

Las crisis de identidad de estos países y otros varían en su forma, esencia e intensidad. Sin duda alguna, cada crisis, en gran parte, tiene sus causas particulares. Sin embargo, el surgimiento simultáneo en Estados Unidos y tantos otros países sugiere que factores comunes probablemente están en juego también. Las causas más generales de estas búsquedas y cuestionamientos incluyen el surgimiento de una economía mundial, tremendas mejoras en las comunicaciones y el transporte, los crecientes niveles de migración, la expansión mundial de la Democracia y el fin de tanto la Guerra Fría como el comunismo soviético como un sistema económico y político viable.

La modernización, el desarrollo económico, la urbanización y la globalización han motivado a que los pueblos reconsideren sus identidades y redefinan las mismas en términos más estrechos, personales y comunales. Las identidades culturales y regionales subnacionales tienen prioridad sobre las identidades nacionales más amplias. Las personas se identifican con otras que son más parecidas a ellas y con las cuales comparten una etnia común percibida, religión, tradiciones y mito de ascendencia e historia común. En Estados Unidos, esta fragmentación de identidad se manifestó en el auge del multiculturalismo y la conciencia racial, étnica y sexual. En otros países, esto asume la forma más extrema de movimientos comunales que demandan reconocimiento político, autonomía o independencia. Entre estos se encuentran movimientos en nombre de los franceses de Quebec, escoceses, flamencos, catalanes, vascos, lombardos, corsicanos, curdos, kosovares,



berberes, el pueblo indígena de Chiapas, chechenos, palestinos, tibetanos, musulmanes de Mindanao, cristianos sudaneses, el pueblo de Abjasia, tamiles, el pueblo del antiguo sultanato de Aceh, habitantes del Timor Oriental y otros.

Sin embargo, esta especificidad de identidades ha sido igualada por una ampliación de identidades ya que las personas interactúan cada vez más con otras personas de culturas y civilizaciones muy distintas y, al mismo tiempo, pueden comunicarse a través de modernos medios de comunicación para identificarse con personas geográficamente lejos pero con un idioma, una religión o una cultura similar. El surgimiento de una identidad supranacional más amplia ha sido más evidente en Europa y su aparición allí refuerza la especificidad simultánea de identidades. Los escoceses se consideran cada vez más escoceses en lugar de británicos porque también pueden considerarse europeos. La identidad escocesa se basa en su identidad europea. Esto es igualmente pertinente para los lombardos, los catalanes y otros.

Una dialéctica relacionada ha estado ocurriendo entre la mezcla y el agrupamiento, la interacción y separación, de los grupos comunales. Las migraciones masivas, tanto temporales como permanentes, han entremezclado cada vez más a varias razas y culturas, ejemplo de esto son los asiáticos y latinoamericanos que

Durante una parte de la celebración de un día de duración del 125° aniversario de la dedicación de la Estatua de Libertad, dos bebés se duermen sosteniendo banderas de EUA en una ceremonia de naturalización para 125 nuevos ciudadanos en la isla Libertad, Nueva York, 28 de octubre de 2011. (Foto: Cuerpo de Infantería de Marina de EUA, Sgto. Randall. A. Clinton)

llegan a Estados Unidos y los árabes, turcos, yugoslavos y albaneses que entran a Europa Occidental. Como resultado de los modernos medios de comunicación y transporte, estos emigrantes han sido capaces de seguir siendo parte de su cultura y comunidad original. Por lo tanto, su identidad es menos de inmigrante y más como una diáspora, es decir, son miembros de una comunidad cultural transnacional e transestatal. Ellos tanto mezclan como se acurrucan con su propia gente. En Estados Unidos, estos acontecimientos significan que los altos niveles de inmigración de México y otros lugares en América Latina podrían traer consecuencias muy distintas para la asimilación que en previas olas de inmigración.

En los siglos XIX y XX, el nacionalismo era promovido intensamente por las élites intelectuales, políticas y, de vez en cuando, económicas. Estas élites hicieron llamamientos sofisticados y emocionalmente cargados para generar un sentido de identidad nacional entre aquellos que se consideraban compatriotas y aunarlos por las causas nacionalistas. Por otra parte, en las

últimas décadas del siglo XX, se presenció una creciente desnacionalización de las élites de muchos países, así como en Estados Unidos. El auge de una economía mundial y las corporaciones globales más la capacidad de formar coaliciones transnacionales para promover reformas en una escala mundial (derechos de la mujer, el medioambiente, minas terrestres, derechos humanos, armas de pequeño calibre) obligó a muchas élites a desarrollar identidades supranacionales y reducir sus identidades nacionales. Previamente, las personas con

idioma o cultura, en lugar de religión, que con frecuencia hubiera dividido a sus sociedades. En el siglo XX, las personas en los países occidentales (con la excepción notable de Estados Unidos) generalmente se secularizaron y las iglesias y la religión jugaron roles decrecientes en la vida pública, social y privada.

Sin embargo, el siglo XXI comienza como un siglo de religión. Casi en todas partes, aparte de Europa Occidental, las personas recurren a la religión para el bienestar, el asesoramiento, el consuelo y la identidad. «La



movilidad buscaban sus carreras y fortunas dentro de un país mudándose de las granjas a las ciudades y de una ciudad a otra. En la actualidad, estas personas se mudan cada vez más de un país a otro, y al igual que la movilidad dentro de un país disminuye la identidad con cualquier otro lugar dentro dicho país, la movilidad entre países también disminuye su identidad con cualquier país en particular. Ellas se convierten en personas binacionales, multinacionales y cosmopolitas.

En la primera etapa de nacionalismo europeo, la identidad nacional frecuentemente se definió principalmente en términos religiosos. En los siglos XIX y XX, las ideologías nacionalistas eran seculares, en su mayor parte. Los alemanes, británicos, franceses y otros se definían cada vez más en términos de ascendencia,

revanche de Dieu» [la venganza de Dios], como Gilles Kepel lo denominó, está en plena marcha¹⁰. La violencia entre grupos religiosos prolifera en todo el mundo. Las personas están cada vez más preocupadas con el destino de las personas de la misma religión en áreas geográficamente remotas. En muchos países, han aparecido movimientos poderosos que intentan redefinir la identidad de su país en términos religiosos. De manera muy distinta, los movimientos en Estados Unidos recuerdan los orígenes religiosos estadounidenses y el compromiso extraordinario a la religión del pueblo estadounidense. El cristianismo evangélico se ha convertido en una fuerza importante y los estadounidenses, en general, es posible que estén haciendo un regreso a la autoimagen prevaleciente por tres siglos de que son un pueblo cristiano.

En el último cuarto del siglo XX, se presenciaron transiciones de regímenes autoritarios a regímenes democráticos en más de 50 países dispersos en el mundo. También se presenciaron esfuerzos para ampliar y profundizar la democracia en Estados Unidos y otros países desarrollados. Los Gobiernos autoritarios individuales pueden gobernar y a menudo han gobernado sobre un pueblo de diversas nacionalidades y culturas. Por otra parte, la democracia significa que, como mínimo, el pueblo selecciona a sus gobernantes y, de manera

de guerras recurrentes. «La guerra hizo el Estado y el Estado hizo la guerra», dijo Charles Tilly¹². Estas guerras también permitieron e hicieron necesario que los Estados generaran una conciencia nacional entre sus pueblos. La función principal del Estado fue crear y defender la nación, y la necesidad de realizar esta función justificó la expansión de la autoridad del Estado y el establecimiento de las fuerzas militares, las burocracias y los sistemas tributarios eficaces. Dos guerras mundiales y una Guerra Fría



más amplia, participan en el gobierno de otras maneras. Por lo tanto, la cuestión de identidad se convierte en un tema central: ¿Quiénes son el pueblo? Como observó Ivor Jennings, «el pueblo no puede decidir hasta que alguien decida quiénes son el pueblo»¹¹. La decisión en cuanto a quiénes son el pueblo puede ser resultado de viejas tradiciones, guerras y conquistas, plebiscitos o referéndums, provisiones constitucionales, u otras causas, pero no puede ser evitado. Cuando las autocracias se democratizan y cuando las democracias enfrentan muchos nuevos solicitantes de ciudadanía, resaltan los debates sobre cómo definir esta identidad, quién es un ciudadano y quién no lo es.

Históricamente, el establecimiento de los Estados nación en Europa ha sido resultado de muchos siglos

Musulmanes después de las oraciones Eid al-Adha en el Parque Valley Stream, Long Island, Nueva York, 21 de octubre de 2013. (Foto cortesía de Wikimedia Commons)

reforzaron estas tendencias en el siglo XX. Sin embargo, a finales de ese siglo, se acabó la Guerra Fría y las guerras entre los Estados llegaron a ser raras; en una estimación, solo siete de 110 guerras entre 1989 y 1999 no fueron guerras civiles¹³. Hoy en día, las guerras son más responsables por el colapso de los Estados que la creación de estos. En términos más generales, la erosión de la función de seguridad nacional disminuyó la autoridad de los Estados y el motivo por el cual las personas se identifican con su Estado y, en su lugar, promovió la identificación con grupos subnacionales y transnacionales.

La importancia relativa de la identidad nacional ha variado entre las culturas. En el mundo musulmán, la distribución de identidades han tendido a ser en forma de U: las identidades y los compromisos más fuertes han sido a la familia, el clan y la tribu, en un extremo, y al islam y la *ummah*, o la comunidad islámica, en el otro. Con pocas excepciones, la lealtad a las naciones y los Estados nación han sido débiles. A la inversa, por más de dos siglos en el mundo occidental la curva de identidad ha sido más una U invertida, con la nación en la cumbre dominando una lealtad y compromiso más profundo que las fuentes de identidad más estrechas o amplias. Sin embargo, hoy en día, eso posiblemente esté cambiando, con identidades transnacionales y subnacionales ganando prominencia y los patrones europeos y estadounidenses nivelándose y llegando a parecerse al patrón musulmán. Los conceptos de nación, identidad nacional e interés nacional pueden estar perdiendo su relevancia y utilidad. Si este es el caso, la pregunta llega a ser: ¿Qué, si cabe, las reemplazará y qué significa eso para Estados Unidos? Si este no es el caso y la identidad nacional todavía es relevante, la pregunta llega a ser: ¿Cuáles son las consecuencias para Estados Unidos de los cambios en el contenido de su identidad nacional?

Las perspectivas de la identidad estadounidense

La importancia relativa y la prominencia de los componentes de la identidad nacional en comparación con otras identidades han variado a lo largo de los años. A finales del siglo XVIII, los habitantes de las colonias y los Estados desarrollaron una identidad estadounidense común que coexistió con otras identidades, principalmente estatales y locales. Las luchas, primero con Gran Bretaña, luego con Francia y de nuevo con Gran Bretaña, reforzaron la idea de los estadounidenses como un solo pueblo. Después de 1815, desaparecieron las amenazas a la seguridad de la nación y disminuyó la prominencia de la identidad nacional. Surgieron identidades seccionales y económicas y cada vez más dividieron el país, lo que llevó a la Guerra Civil. Esa guerra solidificó a Estados Unidos como nación a finales del siglo XIX. El nacionalismo estadounidense llegó a ser preeminente a medida que Estados Unidos surgía en el escenario mundial y en el siguiente siglo luchaba en dos guerras mundiales y una guerra fría.

El componente étnico de la identidad estadounidense se debilitó poco a poco como consecuencia de la asimilación de los irlandeses y los alemanes que llegaron a mediados del siglo XIX y los inmigrantes de Europa del Sur y Europa Oriental entre 1880 y 1914. El componente racial fue el primero marginalmente debilitado por el resultado de la Guerra Civil y luego radicalmente erosionado por el movimiento de los derechos civiles en los años 1950 y 1960. En las siguientes décadas, la cultura central angloprotestante y su credo de libertad y democracia enfrentó cuatro desafíos.

En primer lugar, la disolución de la Unión Soviética eliminó una gran amenaza obvia a la seguridad estadounidense y, por lo tanto, redujo la prominencia de la identidad nacional en comparación con las identidades transnacionales, binacionales y las de otras naciones. La experiencia histórica y los análisis sociológicos dan evidencia de que la ausencia de un elemento «ajeno» externo probablemente socavará la unidad y engendrará divisiones en una sociedad. Es problemático si los ataques terroristas intermitentes y los conflictos con Irak u otros «Estados maliciosos» (rogue states) generarán la coherencia nacional que hicieron las guerras del siglo XX.

En segundo lugar, las ideologías del multiculturalismo y la diversidad erosionaron la legitimidad de los restantes elementos centrales de la identidad estadounidense, el corazón cultural y el Credo estadounidense. El presidente Clinton explícitamente estableció este desafío cuando dijo que Estados Unidos necesitaba una tercera «gran revolución» (además de *la* Revolución estadounidense y la revolución por los derechos civiles) para «demostrar que podemos vivir literalmente sin tener una cultura europea dominante»¹⁴. Los ataques contra esta cultura socavaron el Credo que la misma había producido y fueron reflejados en la variedad de movimientos que promovieron los derechos grupales en contra de los derechos individuales.

En tercer lugar, la tercera gran ola de inmigración en Estados Unidos, que comenzó en los años 60, trajo a personas principalmente de América Latina y Asia en lugar de Europa como hicieron las previas olas. Las culturas y los valores de sus países de origen a menudo difieren mucho de los que son prevalecientes en Estados Unidos. Es mucho más fácil para estos inmigrantes retener contacto con su país de origen y continuar siendo una parte cultural del mismo. Las previas olas de

inmigrantes estaban sujetas a programas intensivos de americanización para asimilarlos a la sociedad estadounidense. Nada comparable ha ocurrido después de 1965. En el pasado, la asimilación fue bastante facilitada porque las dos olas disminuyeron substancialmente debido a la Guerra Civil, la Primera Guerra Mundial y las leyes que limitaron la inmigración. La ola actual continúa sin disminuir. La erosión de otras lealtades nacionales y la asimilación de inmigrantes recientes podría ser mucho más lenta y más problemática que la asimilación que ha ocurrido en el pasado.

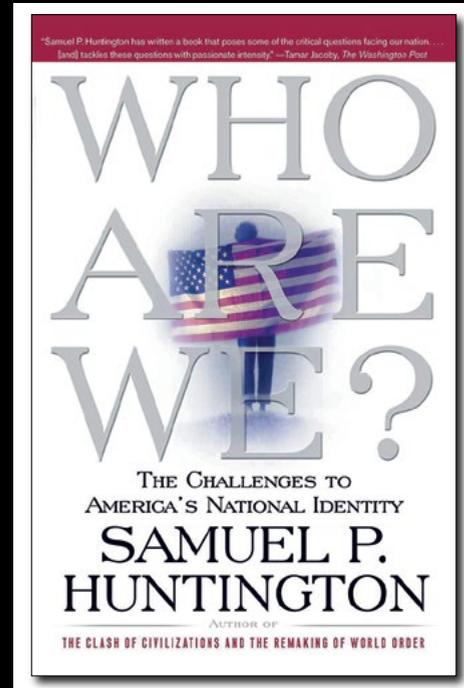
En cuarto lugar, nunca antes en la historia estadounidense ha habido una mayoría de inmigrantes que hablan un solo idioma que no sea el inglés. El impacto del predominio de los inmigrantes de habla hispana es reforzado por muchos otros factores: la proximidad de sus países de origen; sus números absolutos; la improbabilidad de que este flujo termine o sea significativamente reducido; su concentración geográfica; las políticas de los Gobiernos de sus países de origen que promueven su inmigración e influencia en la sociedad y la política estadounidenses; el apoyo de muchas élites estadounidenses al multiculturalismo, la diversidad, la educación bilingüe y la acción afirmativa; los incentivos económicos para empresas estadounidenses que atienden a las preferencias hispanas, usan el español en sus negocios y publicidad y dan trabajo a empleados de habla hispana y las presiones de usar el español así como el inglés en letreros, formularios, informes y oficinas gubernamentales.

La eliminación de los componentes raciales y étnicos de la identidad nacional y los desafíos a sus componentes relacionados con la cultura y el credo plantean preguntas con respecto a los prospectos de la identidad estadounidense. Como mínimo, hay cuatro posibles identidades futuras: ideológica, bifurcada, exclusivista y cultural. En realidad, el Estados Unidos del futuro probablemente será una combinación de estas y otras identidades posibles.

En primer lugar, Estados Unidos podría perder su cultura central, como anticipó el presidente Clinton, y convertirse en un país multicultural. Sin embargo, los estadounidenses también podrían conservar su compromiso a los principios del Credo, que proporcionaría una base ideológica o política para la unidad e la identidad nacional. Muchas personas, especialmente los liberales, favorecen esta alternativa. Sin embargo,

MilitaryReview

RECOMENDAMOS



El ahora difunto profesor de Harvard Samuel P. Huntington discute las influencias sociales y políticas en curso que podrían llevar a la debilitación y, con el tiempo, la disolución de Estados Unidos. A fin de mitigar e invertir estas tendencias, él propone soluciones para restaurar y estimular la cohesión y la identidad nacional. Él usa el ejemplo de la Unión Soviética como un estudio de caso para demostrar la debilidad de una simple ideología (comunismo) como una fuerza unificadora nacional de distintas culturas y nacionalidades, un planteamiento que, con el tiempo, fracasó.

esto presume que una nación puede basarse solo en un contrato político entre las personas que carecen de cualquier otra similitud. Este es el concepto cívico clásico de una nación basada en la Ilustración. No obstante, la historia y la psicología sugieren que es poco probable que este concepto sea suficiente para sostener una nación a largo plazo. Con solo el Credo como base de unidad, Estados Unidos muy pronto podría evolucionar a una débil confederación de grupos étnicos, raciales,

culturales y políticos con poco o nada en común aparte de su lugar en el territorio de lo que había sido Estados Unidos de América. Esto podría parecerse a la colección de diversos grupos que una vez constituyeron los imperios austro-húngaro, otomano y ruso. Estas conglomeraciones eran mantenidas por el emperador y su burocracia. Sin embargo, ¿cuáles instituciones centrales mantendrían una colección suelta de grupos estadounidenses? Como sugieren las experiencias de Estados Unidos en la década de 1780 y Alemania en la década de 1860, las confederaciones del pasado normalmente no han durado por mucho tiempo.

En segundo lugar, la masiva inmigración hispana después de 1965 podría hacer cada vez más bifurcado Estados Unidos en términos de idioma (inglés y español) y cultura (inglesa e hispana), lo que podría suplementar o suplantar la bifurcación racial entre negros y blancos como la división más importante en la sociedad estadounidense. Grandes partes de Estados Unidos, principalmente en el sur del estado de Florida y el suroeste del país, serían hispanas en su mayor parte en términos de cultura e idioma, mientras las dos culturas e idiomas coexisten en el resto de Estados Unidos. En suma, Estados Unidos perdería su unidad cultural y lingüística y se convertiría en una sociedad bilingüe y bicultural tales como Canadá, Suiza o Bélgica.

En tercer lugar, las varias fuerzas que desafían a la cultura y el Credo de Estados Unidos podrían generar un movimiento por nativos blancos estadounidenses para reavivar los conceptos raciales y étnicos desechos y

desacreditados de la identidad estadounidense y crear un Estados Unidos que excluiría, expulsaría o suprimiría a personas de otros grupos raciales, étnicos y culturales. La experiencia histórica y contemporánea sugiere que esto es una reacción altamente probable de un grupo étnico-racial una vez dominante que se siente amenazado por el auge de otros grupos. Esto podría producir un país racialmente intolerante con altos niveles de conflicto intergrupar.

En cuarto lugar, los estadounidenses de cualquier raza y origen étnico podrían intentar revigorizar su cultura central. Esto significaría un nuevo compromiso a Estados Unidos como un país profundamente religioso y principalmente cristiano, que abarca varias minorías religiosas, se adhiere a los valores angloprotestantes, habla inglés, mantiene su herencia cultural europea y se compromete a los principios del Credo. La religión ha sido y aún es un elemento central, tal vez lo más importante, de la identidad estadounidense. En gran parte, Estados Unidos fue fundado por motivos religiosos y los movimientos religiosos han moldeado su evolución por casi cuatro siglos. Según todos los indicadores, los estadounidenses son mucho más religiosos que las personas de otros países industrializados. La mayoría aplastante de estadounidenses blancos, negros e hispánicos son cristianos. En un mundo en el cual la cultura, especialmente la religión, forma las lealtades, las alianzas y los antagonismos de las personas en todos los continentes, los estadounidenses podrían encontrar, de nuevo, su identidad nacional y propósitos nacionales en su cultura y religión. ■

Samuel P. Huntington (1927–2008) fue el profesor universitario Albert J. Weatherhead III en la Universidad de Harvard, donde también fue director del Instituto John M. Olin para Estudios Estratégicos y presidente de la Academia de Harvard para Estudios Internacionales y de Área. Fue el director de planificación de seguridad del Consejo de Seguridad Nacional en la administración del presidente Carter, el fundador y coeditor de la revista Foreign Policy, y el presidente de la Asociación de Ciencias Políticas Estadounidense.

Referencias bibliográficas

1. Encuesta de 1.000 adultos realizada por Luntz Research Co., 3 de octubre de 2001, reportado en USA Today, de 19 a 21 de octubre de 2001, p. 1.
2. *New York Times*, 23 de septiembre de 2001, p. B6.
3. Rachel Newman, «The Day the World Changed, I Did Too», *Newsweek*, 1 de octubre de 2001, p. 9.

4. *Los Angeles Times*, 16 de febrero de 1998, págs. B1, C1; John J. Miller, «Becoming an American», *New York Times*, 26 de mayo de 1998, p. A27.
5. Joseph Tilden Rhea, *Race Pride and the American Identity* (Cambridge: Harvard University Press, 1997), págs. 1–2, 8–9; Robert Frost, *Selected Poems of Robert Frost* (Nueva York: Holt,

Rinehart y Winston, 1963), págs. 297–301, 422; Maya Angelou, «On the Pulse of Morning», *New York Times*, 21 de enero de 1993, p. A14.

6. Ward Connerly, «Back to Equality», *Imprimis*, 27 (febrero de 1998), p. 3.

7. Correspondencia proporcionada por Ralph Nader; Jeff Jacoby, «Patriotism and the CEOs» *Boston Globe*, 30 de julio de 1998, p. A15.

8. Robert D. Kaplan, «Fort Leavenworth and the Eclipse of Nationhood», *Atlantic Monthly*, 278 (septiembre de 1996), p. 81; Bruce D. Porter, «Can American Democracy Survive?» *Commentary*, 96 (noviembre de 1993), p. 37.

9. Mehran Kamrava, *The Political History of Modern Iran: From Tribalism to Theocracy* (Londres: Praeger, 1992), p. 1; James Barber, «South Africa: The Search for Identity», *International Affairs*, 70 (enero de 1994); Lowell Dittmer y Samuel S. Kim, *China's Quest for National Identity* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1993); Timothy Ka-Ying Wong y Milan Tung-Wen Sun, «Dissolution and Reconstruction of National Identity: The Experience of Subjectivity in Taiwan», *Nations and Nationalism*, 4 (abril de 1998); Gilbert Rozman, «A Regional Approach to Northeast Asia», *Orbis*, 39 (invierno de 1995); Robert D. Kaplan, «Syria: Identity Crisis», *Atlantic Monthly*, 271 (febrero de 1993); *New York Times*, 10 de septiembre de 2000, p. 2, 25 de abril de 2000, p. A3; Conrad Black, «Canada's Continuing Identity Crisis», *Foreign Affairs*, 74 (marzo/abril de 1995), págs. 95–115; «Algeria's Destructive Identity Crisis», *Washington Post National Weekly Edition*, de 31 enero a 6 de

febrero de 1994, p. 19; *Boston Globe*, 10 de abril de 1991, p. 9; Anthony DePalma, «Reform in Mexico: Now You See It», *New York Times*, 12 de septiembre de 1993, p. 4E; Bernard Lewis, *The Multiple Identities of the Middle East* (Nueva York: Schocken, 1998).

10. Gilles Kepel, *The Revenge of God: The Resurgence of Islam, Christianity, and Judaism in the Modern World* (University Park: Pennsylvania State University Press, 1994). Véase también Mark Juergensmeyer, *The New Cold War? Religious Nationalism Confronts the Secular State* (Berkeley: University of California Press, 1993); Peter L. Berger, editor, *The Desecularization of the World: Resurgent Religion and World Politics* (Grand Rapids, Michigan: William B. Eerdmans, 1999); David Westerlund, editor, *Questioning the Secular State: The Worldwide Resurgence of Religion in Politics* (Londres: Hurst, 1996).

11. Ivor Jennings, *The Approach to Self-Government* (Cambridge: Cambridge University Press, 1956), p. 56, citado en Dankwart A. Rustow, «Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model», *Comparative Politics*, 2 (abril de 1970), p. 351.

12. Charles Tilly, «Reflections on the History of European State-Making», en Tilly, editor, *The Formation of National States in Western Europe* (Princeton: Princeton University Press, 1975), p. 42.

13. Peter Wallensteen y Margareta Sollenberg, «Armed Conflict, 1989–99», *Journal of Peace Research*, 39 (septiembre de 2000), p. 638.

14. Bill Clinton, citado en *The Tennessean*, 15 de junio de 1997, p. 10.